



Lectio Divina, 6º. Domingo Tiempo Ordinario, Ciclo B, (Mc 1, 40-45)

El relato que leemos en este domingo, el último de la serie de milagros inaugurales, presenta a Jesús en el máximo de su reconocimiento en Galilea: “Acudían a él de todas partes” (1,45). Un leproso y se le acercó y habiéndolo curado de la lepra dejó ver su gran poder y explica el por qué muchas personas querían verlo.

El texto está lleno de emociones, construido a partir de movimientos, con fuertes contraposiciones, coloreadas con ricas evocaciones simbólicas del principio hasta su final. El relato se desarrolla pausado y gradualmente y llega al momento cumbre, en el que el hombre, marginado por su comunidad, mueve a la Galilea con el testimonio de su curación.

Hoy, como hacia los años 70, cuando fue escrito el evangelio de Marcos, la Buena Nueva tiene que ser anunciada no solo con los labios, sino con los hechos, y por misioneros capaces de instaurar la justicia y la inclusión, en este mundo que necesita ser más fraterno, para que todos puedan gozar de su dignidad, como hijos de Dios.

Seguimiento:

- 40. Se le acercó un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dijo: «Si quieres, puedes limpiarme.»**
- 41. Compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le dijo: «Quiero; queda limpio.»**
- 42. Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio.**
- 43. Le despidió al instante prohibiéndole severamente:**
- 44. «Mira, no digas nada a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y haz por tu purificación la ofrenda que prescribió Moisés para que les sirva de testimonio.»**
- 45. Pero él, en cuanto se fue, se puso a pregonar con entusiasmo y a divulgar la noticia, de modo que ya no podía Jesús presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se quedaba a las afueras, en lugares solitarios y acudían a él de todas partes”**

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en cómo lo dice

El leproso era, en efecto, el marginado y segregado por antonomasia en los tiempos de Jesús. La lepra era una muralla social y, al mismo tiempo, una enfermedad que

sólo Dios podía curar (Cfr. Lv 13 45-46; Cfr. Nm 12 13).

El relato se mueve dentro que un arco que presenta desde su principio hasta su final,

la aproximación del leproso y de una multitud de personas. Esta nos lo afirma el verbo griego, 'érjomai' que se traduce como, 'vienen a Él'.

Llama la atención el que Jesús se diga muy de acuerdo con la Ley de Moisés; al mandar al leproso a presentarse a los sacerdotes (v.44), pero, en contraposición a ella, – al tocarlo, solidarizó con su enfermedad, sin importarle que estaba prohibido por ella tocar a un hombre leproso, porque esto lo hacía impuro, (v.41). El leproso, sabía que su mal lo colocaba entre el número de los indeseables, sin embargo, le pidió a Jesús que lo curara.

Jesús encuentra al leproso (1,40^a); él se le acerca. Marcos va al grano: En el fondo de un escenario, emerge el hombre enfermo de lepra y necesitado de ser sanado.

En el Antiguo Testamento, Dios se manifestaba con brazo extendido y realizaba prodigios: "Los salvaré con brazo extendido" (Ex 6,5; 15,16). Se hablan de los gestos de Moisés. Que eran la extensión del poder salvador de Yavhé (Ex 4,4; 7,19; 8,1; 9,22; 14,16,21,26).

La mano se extiende para tocar. Para Marcos, el contacto físico es importante (ver 3,10; 5,27.28.31; 6,56; 7,33; 8,22; 10,13). En este gesto vemos que el hombre marginado por la sociedad es valorado y acogido por Jesús: 'Uno toca a quien ama'. No es solamente una cuestión de curación física, sino también de una curación anímica-espiritual.

Ante este hecho, se abre otro escenario, cuyo trasfondo en los relatos bíblicos del Antiguo Testamento, nos permite captar su importancia. El leproso era considerado 'impuro', e incapaz de estar en comunión

con los demás; lejos de la comunión con Dios, como lo afirmaba el Levítico.

La enfermedad era considerada un castigo de Dios. El relato de Marcos parece insinuar que la lepra es un flagelo demoníaco (1,42). Por la misma razón, el leproso era apartado de su comunidad. Siempre debía mantenerse lejos de la gente; aunque esto no se aplicaba estrictamente, sino al entrar a Jerusalén.

La persona leprosa no podía estar con sus familiares, sus amistades, ni con sus vecinos; en una palabra, estaba muerta en vida. Cuando se aproximaba a algún sitio, tenía que advertir su presencia tocando una campanita. ¡Era humillante! Su autoestima estaba por los suelos; tenía que soportar los rechazos continuos.

El enfermo constataba el mal olor de su cuerpo, ya que las llagas eran su causa; la piel entraba en putrefacción.; él sentía repugnancia de sí mismo y pensaba que ni siquiera Dios lo amaba.

Lo interesante fue que este leproso no hizo lo que la mayoría hacían: esconderse. Por el contrario, 'buscó a Jesús'. Rompió las reglas sociales y religiosas: no gritó como lo hacían quienes estaban enfermos de lepra, para que los demás tomaran sus providencias y se alejaran, (Cfr. Levítico 13,45- 46), sino que tuvo el valor de ir él para pedirle que lo sanara.

Jesús lo curó y le pidió severamente que no hablara de lo sucedido, porque no quería tener una popularidad entre quienes no lo reconocían como el Mesías.

Al decirle: 'Ve con el sacerdote y haz lo que manda la Ley de Moisés', demostraba qué quería que este hombre diera su testimonio y fueran entendiendo que su curación era prueba de que estaba llegando el Reino de Dios.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

Antiguamente, la falta de medicinas eficaces, el miedo al contagio y la necesidad de defender la vida, obligaban a las personas a aislar y a excluir a los leprosos. El Pueblo de Dios, defendía el don de la vida como uno de los deberes más sagrados; se tenía como obligación excluir a los leprosos de la convivencia (cfr. Lev 14,1-32).

El leproso hizo caso omiso de las normas de la religión y acercándose a Jesús, le dijo: “¡Si quieres, puedes curarme!” Fue como si le hubiera dicho: “¡Basta que tú quieras y yo sanaré, porque tienes el poder de hacerlo!”.

La enfermedad que padecía, lo hacía uno más de los muchos impuros, y lo hacía vivir la soledad, y la exclusión.

La súplica del leproso fue un desafío para Jesús y al mismo tiempo, la manifestación por parte del enfermo de la necesidad que tenía de ser curado. La forma con la que le habló, demostró lo que significaba para él verse curado. Se puso de rodillas y le pidió lo ayudara.

➤ **¿Con qué actitud me dirijo al Señor? ¿Qué le dice nuestra presencia y qué le decimos, no solo con nuestras palabras, sino con nuestro ir a Él?**

Job había dicho en el Antiguo Testamento, que la lepra era ‘el primogénito de la muerte’ (18, 13). No menos terribles habían sido las palabras de Aarón, al ver a su hermana María: “No sea ella como quien nace muerto, desde el seno de su madre” (Núm 12,12).

Pero quien tiene fe, alcanza lo que pide: “Para Dios, todo es posible” (Mc 10,27). Jesús vivió en esa confianza; estando en el Getsemaní, le dijo a su Padre: “Todo es posible para ti, pero no sea haga lo que yo quiero, sino lo que quieras Tú” (Mc 14,36).

➤ **¿Tengo fe en el Señor? ¿Estoy convencid@ de que es capaz de curarme de mi lepra espiritual? ¿Sé que siente por mi compasión, como la tuvo por ese hombre enfermo de lepra? ¿Me dejo tocar por Él? ¿Le pido que extienda su mano sobre mí persona dañada por la lepra del pecado?**

Jesús no reparó en tocar lo intocable y, en lugar de quedar contaminado, comunicó su pureza, su salud, a quien se la pidió con mucha confianza. Le contestó -con amor: ‘Quiero’. Se compadeció del hombre marginado por su comunidad; sus palabras son prueba de la sintonía tan grande que se dio entre el sanador y el sanado. Jesús vivió una lucha continua entre el bien y el mal,, simbolizada en la lepra.

El evangelista dice que Jesús se compadeció; nos está hablando del impulso que partió del interior de Jesús, de la misericordia que tuvo para con él. Él no se quedó lejos de él, por temor al contagio, sino que se acercó a su enfermedad y se dispuso a asimilarla para devolverle la salud (Is 53,11).

En la sanación de este hombre, Jesús se entrega totalmente mediante un movimiento que manifiesta sus sentimientos y los exterioriza a través del gesto con el que se dirige a él, extendiéndole la mano, para tocarlo, sin alejarlo por sus llagas ni su mal olor.

- **¿Confío en Jesús y dejo que Él toque mi miseria? ¿Cuáles son mis llagas? El leproso no dudó que si lo tocaba quedaría sano, ¿Creo que Él puede sanarme?**

El querer de Jesús tiene un poder inmenso. Las palabras: “Quiero, queda limpio” verbalizan lo ya dicho con el gesto. Es notable cómo los verbos corresponden puntualmente a la petición del leproso. Jesús confirma la idea que el enfermo tiene de él, porque sabía que Él actuaba con el poder de Dios. La constatación de la curación (Mc 1,42) se apoya en la expresión del Maestro: ‘Quiero’. El evangelio nos dice que al instante desapareció la lepra y el hombre quedó limpio.

- Fácilmente ponemos nuestra confianza en las ciencias, en la técnica y en tantos medios para solucionar nuestros males, pero no buscamos nuestra salud en quien quiere y puede dárnosla.

La secuencia de voces: la del leproso, la de Jesús y la del narrador, nos muestran linealmente cómo la petición del enfermo fue atendida. Marcos nos invita a apreciar el valor de lo ocurrido: ¿Qué no lograríamos si acudiéramos a Jesús y le pidiéramos que nos curara? Si le pedimos con fe la salud, estemos ciertos que nos la concederá, porque Él mismo dijo, he venido para los enfermos...

Jesús reveló el verdadero rostro de Dios, siempre compasivo. Sus palabras: Quiero, queda limpio fueron prueba de que para Él, el leproso merecía todo su apoyo. Sus palabras fueron el eco de sus sentimientos más profundos. Lo acogió y lo comprendió en toda su situación, sabiendo lo que era estar con un leproso.

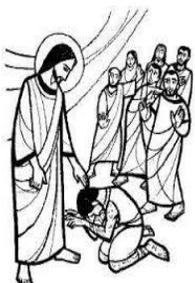
Sus palabras reintegran al enfermo a su comunidad, a su familia, al culto, a la asamblea, con todos sus derechos y sus deberes. Aunque Jesús le había pedido no divulgara lo sucedido, sí pregonó lo que el Maestro hizo por él. Fue su primer misionero (Mc1, 45). Dijo a boca llena que había recuperado la salud. Este hecho portentoso se extendió por toda la región.

- Como cada domingo, este evangelio es la Palabra que Dios nos dirige personalmente. En este pasaje Dios nos habla a través de los sucesos.

¡Qué diferente sería nuestro mundo si todos le pidiéramos a Jesús que nos sanara y más todavía, si una vez sanados, dejáramos los miedos y prejuicios, pensando en el qué dirán y nos volviéramos también sus misioneros de Jesús!

¿Quiénes son hoy los excluidos en nuestra sociedad? ¿Qué puedo por ellos?

III. ORAMOS este texto con nuestra vida



Dios Bueno: Que como el enfermo de lepra, experimentemos el poder curativo de tu Hijo, Cristo Jesús, y que sanados física y psíquicamente, por su amor, seamos capaces también de dar salud y seguridad a quienes sufren la soledad, la marginación que los daña y empobrece como personas y empobrece también a sus familias y a las comunidades donde viven.

Haznos misioneros de la salud, profetas de esperanza, y testigos del poder de Jesús, médico de cuerpos y almas. **¡Así sea!**